

El rol social de las bibliotecas públicas en Latinoamérica

Algunos conceptos y líneas de acción desde una perspectiva progresista

Conferencia

Lic. Edgardo Civallero

Universidad Nacional de Córdoba

Córdoba - Argentina

edgardocivallero@gmail.com

www.bitacoradeunbibliotecario.blogspot.com

Resumen

La información representa poder para reconocer pasados y construir identidades, para entender el presente, para solucionar problemas, para generar bienestar y desarrollo; el poder para diseñar caminos de crecimiento y progreso a futuro. Es la base de la educación, el conocimiento y la formación, y forma a su vez los cimientos de la igualdad, la libertad, la solidaridad y la comprensión. Las bibliotecas han sido históricas gestoras de esa fuerza transformadora y revitalizadora, proveyendo un servicio de mediación entre la comunidad y su saber. Su rol en el seno de la sociedad reviste, por ende, una importancia enorme, aunque haya sido escasamente reconocido y pocas veces comprendido como un deber ético y profesional.

En el espacio geográfico latinoamericano ese rol adquiere una significación especial: la lucha contra el analfabetismo, la desinformación sanitaria, la pérdida de identidades minoritarias, la incompreensión intercultural, la desaparición de tradiciones y lenguas seculares, la coerción de derechos y libertades básicas, la deserción educativa, la falta de formación profesional, el olvido histórico, el aislamiento de las corrientes de pensamiento y acción globales... La conferencia presenta algunos conceptos e ideas sobre el papel de las unidades de información en el mundo latinoamericano, y proporciona algunas líneas de trabajo a futuro desde una perspectiva progresista.

Palabras clave

Desarrollo social - Latinoamérica – Bibliotecas públicas – Bibliotecología progresista – Rol social del bibliotecario

Información y poder

La información representa poder.

Poder económico, social, político, humano... El poder para manejar recursos, para generar bienestar, para controlar vidas...

Y un poder tan grande siempre está en manos de unos pocos. Muy pocas veces se comparte.

El conocimiento humano es un acervo que ha sido construido pacientemente a lo largo de siglos, con el aporte de cada uno de los individuos de una sociedad. Desde que la especie humana fue capaz de organizar sus ideas en sonidos, y los sonidos en palabras musitadas o gritadas en una Babel de lenguas, la información comenzó a ser un patrimonio de cada

cultura, un bien que se perpetuaba de padres a hijos, de generación en generación a través de las arenas del tiempo.

Esa información permitía recolectar las hojas que curaban una enfermedad específica, o elegir el momento propicio para enterrar las semillas en el vientre de la gran madre y esperar que la cosecha germinara. Permitía comprender el movimiento de los cielos, el lento transitar de los rebaños de nubes, el soplo del viento y el galope de las aguas. Permitía identificar las rocas que contenían el cobre, el hierro, el estaño, esos metales que luego brillarían bajo el sol antiguo, una vez forjados y pulidos en forma de herramientas o de armas...

Esa información, ese saber acumulado siglo tras siglo, puesto en práctica, corregido y mejorado cada día con el descubrimiento de nuevos fenómenos y con el nacimiento de nuevas ideas, fue el que permitió que se elevaran desafiantes zigurats en el desierto mesopotámico, y que las pirámides egipcias proclamaran el poder de los faraones. Permitió que los fenicios surcaran el mar, que los coreanos cocieran la porcelana y que los chinos hilaran la seda y trabajaran el jade...

Todo ese conjunto de datos estructurados como información fue transmitido a través de expresiones artísticas y orales, y fue compartido por todas las sociedades, pues beneficiaba a todos sus miembros. Sin embargo, de forma progresiva, una parte importante de aquel conocimiento –quizás la más estratégica, la más vital- comenzó a guardarse como un secreto, en manos de aquellos que detentaban el poder. Precisamente ese saber los hacía poderosos, pues lo que conservaban en sus manos era de una utilidad decisiva para el resto del grupo.

La información adquirió poder. Y el poder –ayer y hoy- no se comparte: queda en manos de unos pocos interesados en mantenerlo donde está cueste lo que cueste.

Aquellas sociedades incipientes, que lentamente iban ocupando sus lugares en la geografía y en la historia de nuestro planeta, comenzaron a tornarse estructuralmente complejas. Aparecieron pirámides de poder que organizaban a la sociedad en estratos y que colocaban a cada individuo en un nicho determinado, con unos derechos y unas posibilidades concretas. Nació el comercio, la artesanía, los tributos y la administración estatal. Y en este contexto se desarrolló la escritura, un sistema de codificación gráfica de aquellos conceptos y datos que, hasta el momento, se habían conservado oralmente. El volumen de información manejada era ya tan alto que continuar usando la palabra hablada para su transmisión se presentaba como una tarea imposible.

Aquellos que aprendieron y emplearon las destrezas de la lecto-escritura (funcionarios, sacerdotes, regentes...) adquirieron un don especial: el de organizar el saber del presente y moldear el que se transmitiese a las generaciones futuras. Así, los escribas administraron los excedentes de la producción agrícola y los tributos (derivándolos hacia las arcas de los ricos), escribieron la historia (consignando la versión y la visión de los vencedores), proclamaron las glorias de los héroes y gobernantes de turno (silenciando totalmente la de los vencidos y oprimidos) y anotaron las leyes de la tierra y las del cielo, esas que regían en el Más Allá y que, supuestamente, eran dictadas por los propios dioses. Con el tiempo las mismas letras y los mismos códigos sirvieron para que los filósofos apuntaran sus devaneos y sus pensamientos, y para que los poetas y literatos salvaran del silencio sus tragedias, sus odas y sus comedias, preservándolas para públicos futuros. La escritura conservó para la posteridad una parte -mínima- del conocimiento humano, pero al mismo tiempo creó una de las barreras más implacables que ha sufrido el hombre: el analfabetismo. Los canales orales siguieron funcionando (hasta la actualidad) pero el conocimiento y la información

estratégica se encerraron para siempre en el misterio de las diferentes combinaciones alfabéticas que comenzaron a poblar el mundo. En consecuencia, conocer la escritura y controlar la información significó poder: el poder que posee el que sabe.

Los años se convirtieron en décadas, y las décadas en siglos, y fueron muchas las naciones, civilizaciones y culturas que, a lo largo de ese tiempo, dejaron las huellas de su paso por la tierra. En todas ellas, una enorme proporción de la población jamás supo escribir, o no tuvo acceso a la información estratégica necesaria para el progreso de su sociedad y para el logro de un bienestar básico. En Europa, tras la caída del gran imperio y sus legiones victoriosas, el saber lentamente urdido en los telares de la Antigüedad clásica se refugió en los monasterios religiosos, mientras otro saber, más práctico, era forjado en las fraguas de los pueblos hasta entonces llamados “bárbaros”. Ese conocimiento permitió la mejora de técnicas de navegación y medicina que llevaron al descubrimiento de nuevos horizontes externos e internos; permitió el desarrollo de ingenios y artefactos que mejoraron la agricultura y la industria; permitió el crecimiento y el progreso económico... Pero también permitió la creación de armas que mataran en forma más eficiente. Todo aquello que tiene un lado luminoso tiene también un lado oscuro, y el saber no iba a ser la excepción.

Las tierras que rodeaban al Mediterráneo se convirtieron en un verdadero crisol, donde los pueblos arábigos y norteafricanos, los eslavos, los nórdicos y los orientales comenzaron a fundir sus acervos tradicionales. Este periodo de gestación –que muchos consideran, erróneamente, una edad oscura- dio paso al Renacimiento del mundo europeo. Y fue durante esa etapa cuando se difundió un instrumento de reproducción de la escritura ya empleado en tierras orientales desde hacía siglos: la Imprenta. Con los tipos móviles popularizados por los técnicos alemanes, y el papel traído por los árabes a la península ibérica, los libros comenzaron a nacer y a saltar de mano en mano, saciando una curiosidad y una sed de lectura soportada y reprimida durante siglos. Sin embargo, aún era necesario saber leer para poder tener acceso a ese conocimiento estampado en tinta azabache sobre una lámina gruesa. Y era necesario disponer de fondos para comprar esos libros que, en un principio –y hasta la revolución industrial- no fueron un bien de consumo masivo, sino un material especial que empleaban personas con cierto nivel intelectual... y algunos burgueses que llenaban estanterías para aparentar.

Poco a poco, los libros comenzaron a convertirse en un bien popular, y las ideas que transportaban en sus páginas comenzaron a iluminar miradas, a liberar mentes y manos de sus cadenas, a sembrar sueños en mentes fértiles, a pintar imágenes de mundos nuevos ante ojos que ni siquiera podían imaginar otras realidades que las que tenían delante a diario. La cultura de un mundo en ebullición comenzaba a estar al alcance de todos, aún cuando el analfabetismo jugaba puntos en contra de este proceso, y aún cuando el saber más valioso seguía encerrado en las cámaras de los estudiosos y los poderosos.

El mundo presenció encuentros de razas y creencias, choques de acero y de pólvora, barricadas en callejones y sombrías siluetas de muerte, revueltas y rebeldes, grandes inventos e ideas tristes, héroes y villanos, estrellas de David amarillas en solapas inocentes, hongos nucleares derritiendo ciudades dormidas, lobos vestidos de corderos y corderos disfrazados de lobos, monstruos vencidos y fantasmas por vencer... De una forma o de otra, la información jugó un papel crucial en el desarrollo de todos esos acontecimientos y de sus protagonistas. Y, de una forma o de otra, y hasta cierto punto, el conocimiento valioso estuvo siempre en manos de unos pocos. El progreso, el desarrollo, el “Primer Mundo”, la riqueza, el bienestar y el crecimiento sólo beneficiaron a una minoría: una enorme mayoría continuó del otro lado del gran muro de la educación, de la alfabetización, de la

(in)formación, conservando a duras penas identidades y culturas e intentando sobrevivir en un mundo que los dejaba atrás, siempre atrás y abajo.

Hoy, la información se ha convertido en el eje en torno al cual gira un mundo encorsetado en un paradigma bautizado como “Sociedad del Conocimiento”. La alucinante evolución de los medios de comunicación y almacenamiento de datos digitales ha transformado el panorama mundial en todos sus aspectos, desde los políticos y económicos a los sociales y humanos. El saber puede enviarse de un lado a otro del planeta en cuestión de segundos, puede transportarse en el bolsillo grabado sobre una sencilla chapa de plástico... El saber puede envasarse, sellarse y entregarse a pedido del usuario final... Pero a pesar de tantos adelantos, avances y descubrimientos -que suenan a fábulas y a maravillas pero que son tremendamente reales-, a pesar de tantas creaciones y de tantas nuevas puertas abiertas, el sistema y la estructura siguen igual: poco ha cambiado. Aún hay informados y desinformados, aún hay pueblos enteros condenados a la ignorancia y al silencio, aún hay analfabetos, aún hay ricos y pobres. Sólo han cambiado las etiquetas y los actores. La “Sociedad del Conocimiento” ha generado nuevos núcleos de poder, ha creado nuevas brechas y diferencias y ha inventado nuevos analfabetismos. Una gran parte del mundo continúa a la sombra del desarrollo social y del progreso mientras los poderosos de siempre -a pesar de sus discursos- mantienen el poder en sus manos y las compañías multinacionales ponen precio al saber valioso (medicina, biología, ingeniería, agricultura, genética, informática, telecomunicaciones) y alimentan sus cuentas bancarias.

La información pasó a comprarse y a venderse, pasó a ser propiedad de aquel que puede pagarla. Los férreos derechos de autor hacen que incluso el arte y la literatura sean para los que puedan comprarlos y que la libre difusión se convierta en algo casi ilegal, a pesar de la lucha de aquellos que abogan por el Acceso Abierto. El conocimiento disponible en las redes digitales -abundante en cantidad y diverso en calidad- solo puede ser accedido por aquellos que dispongan de la tecnología y los conocimientos adecuados.

El poder de la información sigue estando en manos de unos pocos, y los mecanismos que reproducen este sistema se han vuelto muy sutiles. Las sociedades pobres, desaventajadas, dejadas atrás (porque para que exista el poder y el poderoso debe existir su contraparte) siguen aquí, junto a nosotros, entre nosotros, con nosotros.

Por nosotros.

El rol social del bibliotecario

El bibliotecario ha sido testigo de todo este proceso desde el momento en que se grabaron los primeros signos en forma de cuña sobre las tablillas de arcilla de Ur. El rol de la biblioteca ha ido cambiando a lo largo de los siglos, evolucionando y adaptándose flexiblemente a las nuevas características de las sociedades usuarias, a los nuevos formatos de materiales a conservar y gestionar, a los nuevos saberes transmitidos, a las distintas lenguas y escrituras... De mero depósito de documentos pasó a ser nido de intelectuales, refugio de clásicos en edades “oscuras”, escaparate de tesoros adornados, fuente de saber básico, apoyo al desarrollo y gestora de memorias. Muchas veces ha sido cómplice del poderoso y lo ha servido. Sin embargo, muchas otras, ha luchado por la alfabetización y la difusión del conocimiento, por la libre expresión y el libre acceso al saber, por la igualdad y la solidaridad.

El bibliotecario pocas veces ha sido consciente del poder que descansa en sus manos y de la inmensa responsabilidad que significa gestionarlo. Inmerso en sus actividades tradicionales

de conservación y organización, mareado quizás por los cambios vertiginosos que le han traído los nuevos tiempos, el bibliotecario parece no darse cuenta del importantísimo rol que puede jugar en la sociedad actual. Con el poder acumulado en una biblioteca –no importa lo pequeña que sea-, con la fuerza del conocimiento, cualquier profesional de la información puede generar cambios y facilitar el progreso y la solución de problemas, en especial en aquellos grupos humanos que han debido soportar por mucho tiempo condiciones tremendamente desfavorables.

En resumidas cuentas, el bibliotecario puede promover el desarrollo social de una comunidad.

¿De qué se habla cuando se anota la frase “desarrollo social”? De acuerdo al Banco Mundial (*Social Development to Work for the Poor*, 2005) el desarrollo social “trabaja hacia cambios más positivos y sostenibles para hacer sociedades más *equitativas*, inclusivas y justas”. La FLACSO agrega que “sus objetivos son la creación de condiciones y oportunidades para que los individuos tengan vidas largas, sanas y dignas”. El Departamento de Desarrollo Internacional del Reino Unido, en su *Factsheet*, declara que trata de asegurar relaciones más *equitativas* entre personas. El Banco de Desarrollo de Asia insiste en la idea de acceso *equitativo* a los beneficios sociales y económicos del desarrollo. Finalmente, los expertos en desarrollo del Banco Mundial Lincoln Chen y Megnand Desai dicen que incluye bienestar físico y psicológico, una ciudadanía sana y relaciones sociales armoniosas: no se habla sencillamente de una *abundancia de bienes materiales*.

Llama poderosamente la atención la continua repetición de términos como “equidad” e “igualdad” en estos documentos internacionales, identificando y reconociendo, al menos sobre el papel, una situación que, en gran parte de nuestro planeta, lleva siglos de existencia: el desequilibrio entre ricos y pobres, poderosos y desposeídos, informados y desinformados, conectados y desconectados, saciados y hambrientos, sanos y enfermos... El desarrollo social busca paliar esta diferencia tan pronunciada, pues una sociedad *justa* es aquella en la que *todos* sus individuos poseen *las mismas* oportunidades para desarrollarse socialmente y para alcanzar el bienestar. Y al hablar de “bienestar”, no se hace referencia sólo al económico, sino también al intelectual, el espiritual y el afectivo...

Con los servicios y elementos que la biblioteca puede proporcionar se estarían habilitando algunas vías para el logro de este objetivo.

La biblioteca puede garantizar libertades y derechos humanos tan básicos como la educación, la información, la libre expresión, la identidad y el trabajo... Puede proporcionar herramientas para la solución de problemas de salud, violencia, adicciones y nutrición... Puede borrar todo tipo de analfabetismos, puede recoger tradición oral, puede difundir conocimientos perdidos y recuperar lenguas en peligro... Puede luchar contra el racismo y la discriminación, puede enseñar la tolerancia y el respeto, puede facilitar la integración en sociedades multiculturales... Puede dar voz a los que son mantenidos en silencio, fuerzas a los caídos, manos a los débiles... Puede demostrar la igualdad de todos los seres humanos, de todos los sexos, edades, credos y razas... Puede difundir la solidaridad y la fraternidad, puede contar la historia de los vencidos, puede expresar las facetas mínimas de una maravillosa diversidad humana, puede perpetuar memorias insignificantes y grandiosas... Puede difundir el acceso abierto, puede liberar información de sus cadenas comerciales...

Y también puede enseñar a leer: a leer las leyes que nos protegen y los contratos injustos que intentan explotarnos, y las noticias que nos cuentan qué pasa en nuestro país, y la historia verdadera de las luchas de nuestro pueblo, y las técnicas para solventar nuestras carencias... Y puede enseñar a escribir: a escribir nuestro nombre y nuestros recuerdos, y

nuestra historia y nuestra memoria, y nuestras quejas y nuestros reclamos, y nuestros sueños y orgullos... Y puede enseñarnos a sumar, a sumar nuestros recursos y nuestras manos, y nuestros presupuestos y nuestras posesiones... En realidad, una biblioteca puede enseñar lo que desee enseñar, porque posee el arma más potente que existe sobre la Tierra. Ese arma no se carga con pólvora ni escupe fuego y muerte: funciona a base de información, y de ella florecen ideas, comprensión, saber, inteligencia y cultura...

Ideas para Latinoamérica

Latinoamérica, este enorme continente que pisamos, es tierra de desigualdades seculares. Cuando el uruguayo Eduardo Galeano tituló a uno de sus más famosos libros “Las venas abiertas de América Latina” no usó una metáfora. Aquellos que han visto de cerca la realidad social latinoamericana saben que los pueblos latinoamericanos ocultan, tras su natural alegría, pasión y entusiasmo, centenares de heridas que nunca terminan de cerrarse. Nuestra realidad social es demasiado compleja como para reflejarla en unas pocas líneas, pero, básicamente, las ciudades exhiben poblaciones marginales que subsisten en niveles alarmantes de pobreza, y los espacios rurales son territorios a los que escasamente se presta atención en su faceta humana.

Los problemas son similares en uno y otro espacio: en las ciudades, falta de trabajo, exclusión social, ausencia de educación y planificación familiar, delincuencia, drogadicción, pérdida de identidad y violencia; en las áreas rurales, problemas sanitarios, analfabetismo, pérdida de la cultura local, pobreza y desnutrición, explotación laboral, violación de derechos y discriminación de minorías. La debilidad de los programas de alfabetización, educación, formación laboral e información legal y sanitaria es un problema existente en ambos ámbitos, y se plantea como uno de los principales desafíos de los gobiernos nacionales, que sienten la brecha digital en sus propios territorios (y fuera de ellos) al enfrentarse con una Sociedad del Conocimiento y la Información que jamás detiene su frenética carrera, y que nunca espera por los rezagados.

Esto no significa que toda la población de América Latina viva bajo condiciones alarmantes, o que no existan grandes iniciativas informativas y bibliotecológicas. Hay excelentes propuestas, y la labor de muchos colegas roza el heroísmo. Sin embargo, hay mucho trabajo por hacer, porque los esfuerzos nacionales se han concentrado en la solución de los problemas urgentes, olvidando a veces lo importante: la educación, la información, la formación, la cultura...

El libro y la biblioteca no son el remedio total a males con cinco siglos de antigüedad. Sin embargo, pueden realizar un enorme aporte para evitar que tales males sigan reproduciéndose en el futuro, y pueden agregar su grano de arena para intentar paliar los problemas en este presente incierto. Como reza el viejo dicho, “es mejor enseñar a pescar que regalar el pescado”. Las políticas paternalistas y caritativas no son saludables, ni la mejor solución para los problemas comunitarios. Los programas educativos probablemente no alcancen resultados inmediatos, pero asegurarán el bienestar de las generaciones futuras. La responsabilidad social del bibliotecario se centra en realizar un correcto empleo de las herramientas que gestiona, en usar el poder que maneja para la mejora de las condiciones de vida de la comunidad de usuarios a la que sirve, garantizando el cumplimiento de todos sus derechos y fortaleciendo su camino hacia un mañana pleno. En este sentido, las bibliotecas categorizadas como “públicas” juegan un rol preponderante. Más allá de las recomendaciones internacionales acerca de su labor –como la del Manifiesto de IFLA /

UNESCO- las bibliotecas públicas se encuentran en una posición privilegiada, dentro de la comunidad, para comenzar a encender las chispas del cambio.

En principio, los bibliotecarios deben conocer profundamente a sus usuarios, deben oír sus necesidades, deben reconocerlas, identificarlas plenamente, comprenderlas y construir respuestas adecuadas a ellas desde su institución. Las políticas bibliotecarias deben estar construidas específicamente para responder a las necesidades de los usuarios. En este sentido, es preciso olvidar las modas, las palabras vacías, los programas inútiles, y concentrar los esfuerzos concretamente en la misión final de toda unidad de información: el servicio.

Los bibliotecarios deben despojar a sus unidades de información de toda cadena que limite, de alguna forma, el acceso al saber por parte de sus usuarios. Deben olvidar muros y estantes y convertir sus bibliotecas en entidades dinámicas y flexibles, que salgan de sus edificios para encontrarse con sus destinatarios en las calles, en las escuelas, en las asociaciones vecinales, en las organizaciones culturales, en los barrios carenciados... Ahí es donde hace falta la información, ahí es donde pueden realizarse cambios, ahí es donde puede iniciarse el proceso de desarrollo social... Ahí, precisamente ahí, es donde residen las grandes desigualdades. Y, por ende, es ahí donde los bibliotecarios deben intentar inclinar la balanza hacia el lado más desfavorecido, ese lado que no tiene fuerzas o conocimientos para luchar con sus propias manos, por mucho que lo desee y lo busque.

Los bibliotecarios deben aprender, adquirir nuevas técnicas continuamente. Eso significa que deben abordar su profesión con la mente abierta, incluyendo en su acervo de herramientas aquellas procedentes de otras áreas: historia, lingüística, educación, derecho... La bibliotecología no es un cuarto estanco ni un fósil museístico: es un verdadero arte, una disciplina que crece y evoluciona constantemente, como lo hacen sus usuarios. Es preciso, pues, aportar nuevas ideas, nuevos elementos que permitan a la profesión dar una respuesta adecuada a la sociedad moderna y a sus problemas.

Los bibliotecarios son parte de su comunidad, y, como tales, no pueden desentenderse de los fenómenos que ocurren a su alrededor, en el seno de su propio grupo. Deben aceptarlos, encararlos, conocerlos y entender qué papel pueden jugar ellos dentro de los mismos. Refugiarse tras el mostrador o entre los estantes conducirá a vivir en una realidad virtual y ficticia, en una torre de marfil o en un museo de viejas reliquias. Ese camino llevará a la biblioteca a convertirse rápidamente en una institución completamente inútil, más parecida a un depósito de saberes anticuados y de páginas polvorientas que a la entidad viva y activa que debería ser.

La actitud a asumir puede resumirse en dos palabras: “compromiso” y “acción”. Compromiso con aquellas personas que buscan en nuestros servicios una ayuda, o que no los buscan porque desconocen que podemos ayudarlas... pero que los necesitan urgentemente. Y acción consecuente con el compromiso adquirido, más allá de toda ideología, más allá de todo preconceito o prejuicio.

Se ha dicho en muchas ocasiones, que los bibliotecarios son simples técnicos, que son neutrales y que no se inmiscuyen en cuestiones políticas. De ser así, serían profesionales que transitan un sendero al costado del mundo. Ningún individuo que viva en sociedad puede ignorar lo que ocurre a su alrededor, o puede dejar de reaccionar al respecto sin asumir una posición determinada. En el caso puntual de los profesionales de la información –con un poder tan grande para iniciar procesos de cambio y mejora- la neutralidad y la pasividad serían una triste y enorme paradoja. Una paradoja que muchos cumplen a diario, desde sus estáticos y fríos puestos.

Conclusión

Todas las palabras que puedan decirse o escribirse acerca del rol social del bibliotecario –o de cualquier otro profesional- son completamente inútiles y estarán completamente vacías de significado mientras no se las vincule íntimamente con una acción real, con un trabajo comprometido en, con y para la realidad, un trabajo basado en un profundo conocimiento de los problemas vividos y de las soluciones buscadas. Una labor que sea realizada por mentes abiertas, que vayan mucho más allá del mero dicho y se comprometan con los hechos.

La biblioteca –no sólo la pública, sino cualquier unidad, de cualquier categoría- puede lograr que, por una vez en la historia, el poder no permanezca en las manos de unos pocos. Puede proporcionar cierto equilibrio a un tablero eternamente desequilibrado. Puede derribar murallas y tender puentes para salvar precipicios cavados desde hace milenios por intereses superiores. Puede hacer que los hombres finalmente logren mirarse a los ojos, de igual a igual, como hermanos que son.

En realidad, *no puede* hacerlo. *Debe* hacerlo.

Hay mucho trabajo por hacer a nuestro alrededor. Dejemos de hablar, dejemos de mirar como espectadores inertes... y hagámoslo. La propuesta es dura y difícil: probablemente, deberemos involucrarnos en situaciones sociales violentas, dolorosas y desagradables; deberemos ser testigos de tristezas y problemas; quizás deberemos viajar kilómetros sin otra ayuda que nuestra propia voluntad; deberemos cambiar nuestra propias creencias, ideas y estructuras mentales, éticas y sociales; y, sobre todo, deberemos aprender de nuevo, por completo, nuestra profesión, las teorías que nos enseñaron en clase, las herramientas, los métodos...

Todo ello, por un cambio que quizás nunca llegue, por un resultado que quizás nunca obtendremos. Pero estaremos apoyando a un pueblo –el latinoamericano- que lleva luchando mucho tiempo, que nunca olvidó, que necesita de manos para levantarse nuevamente y para reconocerse libre e independiente, por una vez en su historia, de todas las manos que lo han mancillado a lo largo de siglos. Un pueblo que soñó y derramó su sangre por esa libertad siempre postergada. Un pueblo que sigue recordando a los héroes que lo conmovieron con sus actos e ideas. Un pueblo febril y apasionado como pocos, que desea el progreso pero que pocas veces encuentra el camino o las puertas abiertas. Un pueblo con proyectos que, como todo grupo humano, también cae. Un pueblo prisionero de su historia y su realidad, dueño de una cultura riquísima, de un patrimonio ancestral y de muchísimos recursos, recursos que hoy alimentan las arcas y el desarrollo ajenos.

Muchos bibliotecarios ya han reconocido su poder y su deber y han asumido un rol social activo, creativo, imaginativo, consecuente y solidario. Muchos han despertado de un sueño de siglos, han derribado los muros de sus bibliotecas, han desencadenado los estantes, han armado barricadas entre ellos y han hecho llegar libros y saber a cada rincón de sus comunidades. Muchos bibliotecarios gritan y sueñan, reconocen la dolorosa realidad que los rodea y buscan soluciones para los problemas y las necesidades de sus usuarios trabajando a su lado... Muchos se organizan, investigan, proponen, construyen, dialogan... Muchos se manifiestan, protestan, se quejan y convierten sus lugares de trabajo y sus vidas en verdaderas trincheras, peleando por la paz, la justicia, la libertad, la igualdad, la esperanza...

Muchos, con sus actos y su trabajo diario, demuestran que *la utopía no ha muerto*. Y

mientras exista la utopía, existirán motivos para seguir adelante.

Como bibliotecario y como anarquista, confío y deseo que las bibliotecas logren desatar las mordazas y derretir las cadenas de miles de mentes, y que empujen a muchos a comprometerse en esta lucha sin armas que presenciamos a diario y de la cual somos parte fundamental desde su inicio, allá en el amanecer de la historia.

La lucha por la libertad.

Vale la pena intentarlo. Basta dar el primer paso y tender la mano: un enorme continente la necesita y la espera.